

colección rúbrica



BLANCA DEL CERRO



VOCES Y SUSURROS

esstudio
ediciones

Soy de papel

Hemos dirigido nuestras acciones contra el espíritu anti-alemán. ¡Entrego todo lo anti-alemán al fuego!

HERBERT GUTJAHR,
Líder de los estudiantes

Soy de papel. De un papel muy bonito y fino, casi transparente. Esa es una de las dos verdades que aprendí al ver por primera vez la luz en el transcurso de una mañana de otoño en la que el aire, sin motivos aparentes, parecía comprimido, como prieto, y un ahogo de color gris ceniza se adueñaba lentamente de las calles. La otra, la segunda verdad que comprendí enseguida, fue la existencia de manos porque es a través de ellas como los hombres establecen contacto conmigo. Podría decir tanto sobre las manos... Eso lo supe inmediatamente después, me refiero a la existencia de los hombres pues, al fin y al cabo, ellos me crearon y me hicieron tal y como soy. También aprendí casi en el mismo instante que los hombres también pueden ser mujeres, bueno, no es que sean ambas cosas a la vez sino que en la raza humana las posibilidades son muy limitadas: o eres hombre o eres mujer, nada más. Y asimismo descubrí la existencia de hombres pequeñitos y mujeres pequeñitas,

los denominados niños, a los que siempre veo de lejos porque lo que yo guardo en mi interior al parecer no está destinado a ellos, es para otro tipo de público, y aunque me gusta su presencia, la de los pequeños —es algo cálido y distinto, como un halo de ternura alrededor que te hace sentir bien— siempre están allí, al otro lado de donde yo me encuentro, donde reposa la literatura infantil, pero al cabo de los años me he percatado, sin conocer en realidad las razones, de que cada vez acuden menos a mi morada, lo cual me produce tristeza y pesadumbre. Los niños son motivo de alegría y me hacen sonreír.

Fue a través del tiempo cuando empecé a desvelar las causas y los porqués de tantas y tantas dudas iniciales pues, cuando abres los ojos al mundo, siempre surgen millones de interrogantes que puedes o no puedes resolver y unos se aclaran pero otros se quedan ahí, varados en el universo de los misterios insolubles.

Aquella mañana inundada de melancolía, el día de mi nacimiento, salí de un lugar llamado *Imprenta Drucke* junto con varios cientos de volúmenes, camino de no sabía dónde. El lugar adonde nos dirigimos entonces y en el que habito en la actualidad se llama *Biblioteca Nacional*, situada en el centro de la ciudad de Berlín, y es un edificio grandioso dividido en salas inmensas, con cientos y cientos de estanterías repletas de compañeros de todos los tamaños y colores. No podría decir cuántos miles y miles nos apiñamos en estas estancias, porque hay varias, unas junto a otras, donde infinidad de librerías de madera preciosa se elevan hasta el techo. A mí

me colocaron en la tercera sala a la derecha tras cruzar la puerta de entrada, en una zona dedicada a *Medicina*, *Psicología* y *Psiquiatría*, junto a los volúmenes de otros médicos, psicólogos y psiquiatras célebres desde el principio de los tiempos, aunque antes no se llamaban *psiquiatras* porque, según he escuchado —a mi alrededor se hacen infinidad de comentarios y procuro no perderme nada—, ese es un término de reciente aparición.

Los compañeros que me rodean presentan infinidad de tamaños y texturas, son altos, bajos, medianos, gruesos, muy gruesos, delgados, muy delgados, pequeños, enormes, diminutos, encuadernados con gran diversidad de materiales y colores, como una especie de arcoíris infinito, con preciosas cubiertas, otras no tanto, y con los más variados aspectos. En lo referente al mío, quiero decir a mi aspecto, lo cierto es que me agrada y podría afirmar que más que el de otros. Porque mi parte exterior es de cuero, color granate, con los lomos dorados, y en la portada aparece un título, *La interpretación de los sueños*, y un nombre, *Sigmund Freud*, escrito también con letras doradas. Me gusta dicho nombre, *Sigmund*, *Sigmund*, lo degusto y paladeo, me parece bonito y agradable. Y suena bien. La persona a la que doy vida —o que me da vida a mí, eso habría de dilucidarlo— es, al parecer, un médico de Viena, de origen judío, que ha revolucionado la Psiquiatría y, por lo que he oído a mi alrededor, tiene encandiladas y asombradas a muchas personas con sus nuevas y revolucionarias ideas, esas que yo guardo dentro, esas a las que doy vida. Me encanta contener a alguien famoso porque así son muchos los

seres que se acercan a mí, me miran, leen mi portada, me contemplan, incluso me admiran, me toman entre sus manos y pasan mis páginas. Es como una gran caricia que se extiende y se extiende, y la verdad es que me gusta. Todos tienen ansias de conocer esas nuevas ideas que se plasman en mis páginas. Muchos de ellos me llevan a una mesa y me leen, y luego me devuelven con cuidado a mi estantería, y en otros casos me transportan hasta sus hogares, donde vivo otra existencia distinta a la mía habitual, y contemplo un mundo diferente repleto de voces, comportamientos y esencias de lo más variopinto, y trato con hombres, mujeres y niños, algo que me encanta y con lo que disfruto. Es entonces cuando más feliz me siento, porque nosotros, cualquiera que sea nuestra condición y contenido, desprendernos alegría y sonreímos cuando las personas nos leen, pues cuando no lo hacen permanecemos en el lugar donde nos colocan, muy quietos, en estado de hibernación si nos da tiempo a ello, aunque no siempre nos es posible alcanzar dicho estado.

Por las noches, cuando el silencio nos invade hasta el fondo y la oscuridad nos abraza con sus manos tranquilas, aparece una cuadrilla de limpiadoras comandada por Helga, una mujer grande y gruesa, con el cabello rubio recogido en un moño y los mofletes colorados, que grita mucho, da órdenes a sus subalternos y nos limpia con un plumero que me hace cosquillas. Su comportamiento, con las consiguientes diferencias, es muy similar al de los hombres con uniformes de color gris y brazaletes rojos en el brazo izquierdo con una extraña

cruz impresa, que en ocasiones aparecen por aquí dando voces. Me producen un poco de miedo pero no se acercan a nosotros, se limitan a mirar al mundo con aire de superioridad, como si fueran muy importantes, como si estuvieran por encima del resto de los humanos, y chillan demasiado impregnando el aire de suciedad y vileza. Lo cierto es que me disgustan. Creo que ignoran que este es un lugar de silencio, paz y tranquilidad. No sé quiénes son ni me interesa, pero me entristece y atemoriza su presencia.

Los años se han deslizado suavemente. Es así como ha transcurrido mi vida, feliz en la mayoría de las ocasiones, casi sin tiempo para dormir y acunado por millones de manos y ojos en los que percibo interés, complacencia y felicidad, que es lo mejor que se puede percibir en los rostros de los hombres.

Así fue todo hasta aquella noche.

Era una noche igual que las demás, o a mí me lo pareció. La primavera estiraba sus brazos aunque aquí dentro no se diferencien las estaciones, pero lo sabía porque la semana anterior un afamado médico, alto, delgado y guapo, me había llevado a su hogar, un lugar lleno de encanto, y pude contemplar las flores de su jardín y aspirar su aroma. Me gusta la fragancia de las flores. Por eso sabía que era primavera, exactamente el mes de mayo. Esa misma tarde el doctor me había depositado en mi estantería y me disponía a descansar tras varias jornadas de intenso ajetreo. La noche empezó a rodearnos con sus largos brazos mientras Helga y su cuadrilla limpiaban mi sala, la tercera a la derecha tras cruzar la